

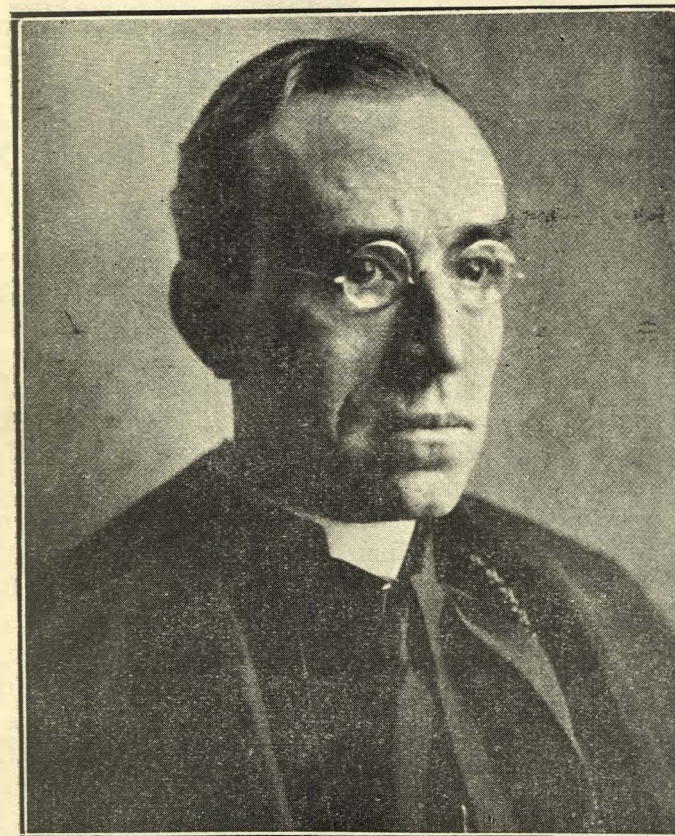
## El Cardenal Pacelli

En la mañana del 9 de julio de este año entre la inmensa muchedumbre que esperaba ansiosa ante la estación de Lyon, muchos debieron ser los que experimentaron la sensación física de la grandeza de la Roma cristiana. El cardenal Pacelli, estaba allí para encarnarla. Distinguido, elegante, dueño de un aire de gran señor, al que se junta una nobleza más alta, inmateral, se destaca en su persona más allá de los suntuosos atributos del cardenato, una figura ascética, propia de un meditativo y de un caracterizado "espiritual".

La segunda misión que lo traía como Legado a la tierra de Francia —la primera fue aquella inolvidable que cumplió hace dos años, cuando el Triduo de Lourdes—, adquiriría por las circunstancias de la hora, tanto en el pensamiento pontificio como en el sentir de la cristiandad, un importante y especial significado. Nadie mejor que él podía asumirla y llevarla a cabo.

Al brillo de su función, se junta el propio de un mérito excepcional. Nacido en Roma el 2 de marzo de 1876, toda una antigua tradición de familia, lo designaba de algún modo para el puesto augusto que hoy ocupa. Su bisabuelo —muerto de cien años en 1901— había sido el ministro de Finanzas del Papa Gregorio XVI; su abuelo fue también ministro de Negocios Extranjeros durante el pontificado de Pío IX; su padre —el marqués Pacelli— abogado consistorial fue muy atendido por León XIII y Pío X, y con su brillante consejo, intervino en la preparación de los acuerdos de Letrán. Que "aura" más significativa, pudiera imaginarse para su brillante y fecunda ascensión? Pero, sin embargo, fueron su "genio" propio y su virtud las causas decisivas de su carrera, los signos que a ella le imprimieron su acento vencedor y triunfante.

Ordenado sacerdote en marzo de 1899, después de haber cursado en el Colegio de Nobles, entró en seguida como relator en la Congregación de negocios eclesiásticos ex-



S. E. Eugenio Cardenal Pacelli

traordinarios. De este período arranca su íntimo conocimiento de las cuestiones concordatarias, del derecho romano y del derecho internacional; ahí también dio los primeros pasos para su especialización en los asuntos eclesiásticos de Alemania.

En 1912, es nombrado secretario de la misma Congregación y consultor del Santo Oficio, y en 1914 asciende a consultor de la Congregación Consistorial. Prelado de su Santidad, más tarde recibe el nombramiento de arzobispo titular de Sardes, cuya consagración efectúa Benedicto XV el 13 de mayo de 1917.

Es también a Benedicto XV, a quien corresponde el mérito de haber sido el primero en descubrir todo el valor eminente del hoy cardenal Pacelli. Este Papa, al que un brevísimo pontificado, unido al fracaso de la guerra mundial, impidieron dejar al descubierto sus enormes capacidades, era un gran conocedor de hombres. De ahí, el que una amistad verdadera y profunda lo uniese bien pronto a Monseñor Pacelli, en quien veía el embajador perfecto de su política de pacificación. Por esta razón lo nombró, tan pronto como pudo hacerlo, nuncio encargado de misión extraordinaria en Munich. En Munich, ante una Alemania ataviada con botas y boina militares que hacía fuego por todos lados, pronuncia Pacelli un resonante discurso acerca de la paz y de las condiciones cristianas de la paz, que se anticipaba en dos meses —como el famoso “brindis” del cardenal Lavignerie precedió a la Encíclica sobre la alianza— a las conocidas proposiciones de paz que no fueron aceptadas. Con un perfecto dominio de sí mismo, que es una de sus cualidades peculiares, con una energía, una tenacidad y una destreza sin iguales, monseñor Pacelli se esforzó, por todos los medios a su alcance, para lograr hacer prevalecer la voluntad mediadora del Papa. Si no tuvo éxito en su empresa, es porque seguramente nadie hubiera podido lograrlo.

La Santa Sede no se equivoca y el 22 de junio de 1920 monseñor Pacelli, era nombrado embajador del Vaticano ante el gobierno del Reich.

Es en esta época cuando negocia una serie de concordatos con Baviera con Sajonia y por último con Suiza. Hasta en esta Alemania llamada liberal, sobre la cual Hitler no había puesto aún su ruda mano, era infinitamente difícil salvaguardar las libertades esenciales de la Iglesia.

Monseñor Pacelli, sin embargo, fue el hábil, perseverante y eficaz defensor de esas mismas libertades.

Una carrera tan notable y el afecto de Pío XI, quien, como Benedicto XV, había apreciado su mérito, llevaron a la cima a monseñor Pacelli. En 1929 fue llamado de Alemania. El inmenso pesar del pueblo católico de este país, se tradujo en un homenaje solemne y emocionante. A lo largo de los tres kilómetros de recorrido de Berlín a la estación de Anhalt, 20.000 hombres iluminaron con antorchas la ruta por la que el nuncio desaparecía. Una muchedumbre llorosa lo aclamaba al despedirlo.

El 16 de diciembre de 1929, era nombrado cardenal, y bajo la advocación de los santos Juan y Pablo, recibía el capelo el 19 del mismo mes.

El 7 de febrero de 1930 reemplazaba al cardenal Gasparri en la secretaría de Estado de su Santidad.

Su personalidad, por sus tendencias esenciales, se acuerda maravillosamente con la del gran Pontífice, de quien es el más inmediato colaborador. Como Pío XI, a la vez positivo y místico, diplomático y apóstol, cuando emerge del ensueño interior en que parece embebido, es para estrechar, abarcar lo real hasta, en sus más mínimos detalles y con la visión más aguda y más directa, es para demostrar la comprensión más sutil, el sentido más fino de las dificultades y de los obstáculos de la vida.

Este espíritu lúcido y esta firme voluntad, reciben el apoyo de raros y preciosos dones entre los cuales sobresalen una sorprendente facilidad para el dominio de las lenguas y una portentosa memoria. Repite de memoria 20 versos de Homero, después de haberlo leído dos veces únicamente y está capacitado —como lo ha demostrado en muchas ocasiones— para hacer sucesivamente un discurso en siete lenguas: Francés, inglés, italiano, español, portugués, alemán y latín, sin tener que recurrir a la más mínima nota que le sirva de guía o indicación.

Al verlo pasar con los ojos bajos, parece que el silencio sea su único compañero familiar. Pues bien, es un orador magnífico que hace “correr a toda Roma” cuando predica allí. La estatua se anima, el gesto se dibuja y se prolonga, las imágenes más ricas y floridas, fluyen suave y caudalosamente. Es el milagro de un alma que rompe sus cadenas y la manifestación también de un temperamento tan sensible al verbo como el italiano. Lo mismo, por ejem-

plo, ocurre a Pío XI, cuya palabra lenta y hasta vacilante al principio como si buscara ella misma sus ideas y expresiones, se anima de repente y centellea acorde con la bella abundancia latina.

El cardenal Pacelli, completa sus 18 horas de trabajo cada día. No se permite sino apenas un pequeño paseo de media hora en el Pincio y aun esta "diversión", la efectúa acompañado de un libro. Sólo gracias a este perfecta organización puede hacer frente a su abrumadora tarea.

Siempre, sin intervalos ni flaquezas, es exacto. Un día en que debía tomar en Roma el tren de las 11, cuando ya el jefe de estación entre broma y broma anunciaba que estaba dispuesto a dejar partir el convoy sin el ilustre viajero, "porque los trenes fascistas deben salir siempre a la hora", faltando apenas tres minutos apareció el cardenal sobre el andén, estrechó las manos de los personajes allí presentes, incluso la del jefe de estación, y subió tranquilamente a su vagón. A las once en punto, —hora fascista—, el tren arrancaba....

Pero su "marca" principal, su peculiaridad más distintiva —y si ella se nos escapa, se nos irá también el personaje todo—, es su profunda vida interior. En el Congreso Eucarístico de Buenos Aires, en donde llevó la representación pontifical, su intenso fervor y su ejemplar recogimiento hicieron grande impresión sobre los argentinos, ardientes y movibles. Hizo el recorrido de la solemne procesión sobre una plataforma transportable. Ante el Santo Sacramento bajo el dosel de oro, de rodillas, las manos juntas, apenas apoyadas levemente sobre el borde del altar portátil, en actitud hierática, con los ojos cerrados, permaneció más de dos horas sin que su cuerpo, según me aseguró un testigo ocular del hecho— hubiera abandonado siquiera momentáneamente su rígida inmovilidad. Cuando vio la película de la imponente ceremonia, exclamó "Qué bello! Pero yo no vi nada de eso".

En uno de los días de ese mismo congreso, acompañado apenas por un eclesiástico de su séquito, partió una noche a recorrer el "barrio rojo" de Buenos Aires, el peor de la ciudad, nido de comunistas y anarquistas, de gentes sin Dios ni ley y en el cual la policía debe a todas horas ejercer vigilancia de vista, debido a la peligrosidad de sus habitantes. Dueño como siempre de sí mismo, suave y calmado, anduvo por las estrechas callejuelas asombradas y con-

quistadas por él definitivamente, sonriendo a los niños que las mujeres le presentaban para que sobre ellos dejara caer su bendición, rodeado a medida que avanzaba y se internaba por los más peligrosos recovecos, de una veneración cada vez más afectuosa, surgida repentinamente en las almas de tan turbia población.

Así, siguiendo el ejemplo de su maestro Pío XI, subraya y confirma con los actos cotidianos de su vida, la verdadera civilización cristiana, de la cual defendía en Munich en 1917 los derechos, y a la que ha exaltado ahora en Lisieux, la misma que en el mundo entero se enfrenta victoriosa al salvaje marxismo. Hablando de ella en Lisieux, no queda duda que el ilustre cardenal tuvo presente en el espíritu esta fórmula de la Encíclica "Divini Redemptoris", en la cual la precisión extrema del vocabulario teológico, se junta a la nitidez sin ambages de la consigna: "El comunismo es intrínsecamente perverso y no puede admitirse en ningún terreno la colaboración con él por parte de quien defiende la civilización cristiana".

GAETAN BERNOVILLE

(Traducción y adaptación especiales para la *Revista del Rosario*)

